

# Gracia

## Gracia a Ti

Por Ethan Raath



Un día una joven madre quería hablar sobre el despertar de su fe. En el curso de la conversación, tratando de llamar su atención, le sugerí que el Espíritu Santo estaba trabajando en su vida, esperando que tuviera un momento de “sorpresa”.

Mas tarde, reflexionando en esta imagen, ella dijo: “Realmente sentí un cosquilleo ante la idea de que Dios me estuviera cortejando. Tuve esta imagen de Dios sentado pacientemente en la mecedora del balcón, mientras yo estaba en mi habitación intentando arreglar mi pelo y terminar mi maquillaje. Pensé que era tiempo de que bajara e invitara a Dios a entrar”.

La gracia es la buena voluntad y el favor de Dios alcanzándonos para redimirnos.

La gracia de Dios es así – Dios nos seduce, nos llama a una relación de amor. La gracia de Dios nos *atrae* hacia Él, nos *justifica* por la fe en Cristo Jesús, nos *santifica* y nos empodera a través del Espíritu Santo.

La *gracia* se define como el favor, la bendición, y la buena voluntad ofrecida por alguien que no necesita hacer tal cosa. Es un favor que no se ha ganado ni es merecido. En nuestra condición humana pecadora, inmerecedores del amor de Dios, es la buena voluntad y el favor de Dios alcanzándonos para redimirnos.

### **Pacto de gracia — El amor de Dios que nos busca**

El Pacto de la gracia es el amor de Dios buscándonos y llamándonos a una relación de amor. Los primeros reformadores hablaron de la *predestinación* como la gracia de Dios que selecciona a aquellos que han de ser salvos. Pero en este sentido la predestinación no toma en cuenta nuestro libre albedrío, nuestra libertad de aceptar o rechazar la oferta de Dios a una relación, o el hecho de que la gracia es libremente ofrecida a todos. Las Escrituras deben ser interpretadas a la luz del amor de Dios, y nosotros afirmamos que “el Señor no retarda su promesa, ... pero es paciente con nosotros, no queriendo que alguno perezca, mas que todos procedan al arrepentimiento” (2<sup>da.</sup> de Pedro 3:9).

La *Confesión de Fe de Westminster* también afirma lo siguiente:

*Concerniente a aquellos que son salvos en Cristo, la doctrina del eterno decreto de Dios se sostiene en armonía con la doctrina del amor [de Dios] por todos [los humanos], el regalo [de Dios] del Hijo [su Hijo] para ser la propiciación por los pecados de todo el mundo, y la disposición [de Dios] a conferir su gracia salvadora a todos los que la buscan; que concerniente a los que perecen, la doctrina del eterno decreto de Dios se sostiene en armonía con la doctrina de que Dios no desea la muerte de pecador alguno, si no que ha provisto en Cristo una salvación suficiente para todos, adaptada a todos, y libremente ofrecida para todos en el evangelio; que los hombres [y las mujeres] son totalmente responsables de su trato a la oferta de gracia de parte de Dios; que el decreto [de Dios] no obstruye o impide [a alguien] de aceptar la oferta; que ninguno [o ninguna] es condenado/a a no ser por su propio pecado.*

Con este entendimiento de la gracia, *todos* somos predestinados para ser salvos si nos arrepentimos de nuestros pecados y aceptamos por fe la relación de amor que Dios nos ofrece.

Un pacto es un acuerdo que compromete a las dos partes. En el pacto que Dios estableció con el pueblo de Israel, vemos a Dios llamando, rescatando y persiguiendo a los israelitas para establecer un pacto con ellos. La base de este pacto está descrita en Éxodo 19:4-6: “Vosotros visteis lo que hice a los egipcios, y cómo os tomé sobre alas de águilas, y os he traído a mí. Ahora, pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra. Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa. Estas son las palabras que dirás a los hijos de Israel.”

En la “Breve Declaración de Fe” de la Iglesia Presbiteriana (E.U.A.) afirma lo siguiente:

*En soberano amor Dios creó al mundo bueno  
e hizo a cada uno igualmente a imagen de Dios,  
varón y hembra, de toda raza y pueblo,  
para vivir como una sola comunidad.  
Pero nos rebelamos contra Dios,  
nos escondemos de nuestro Creador.  
Sin embargo, Dios actúa con justicia y misericordia  
para redimir a la creación.  
Con amor perdurable, el Dios de Abraham y Sara  
escogió a un pueblo del pacto para bendecir  
a todas las familias de la tierra.*

Hay un número de ejemplos de la gracia del pacto en la Biblia: Noé (Génesis 9:8-13), Abraham (Génesis 12:1-3), Moisés (Éxodo 19:3-6), David (2 Samuel 23:5). Dios le declare al profeta Jeremías, que llegaría el día cuando un nuevo pacto sería establecido, y los propósitos de Dios serían impresos en los corazones y en las mentes de la gente (Jeremías 31:31-34). Jesús cumplió esta promesa del pacto, declarando que su muerte sería el cumplimiento del nuevo pacto, a través del cual todas las personas pueden entrar libremente en una relación con Dios, un pacto construido sobre la fe en lugar de la ley.

Siendo un niño, recuerdo haber visto un cuadro familiar de Cristo tocando a la puerta de una pared en el jardín. Sobre la puerta había el símbolo de un corazón. No fue hasta muchos años más tarde que me di cuenta que la puerta no tenía una manija. Tenía que ser abierta desde el interior. El pacto de la gracia es Dios tocando persistentemente a la puerta de nuestro corazón hasta que la abrimos para recibirlo.

La gracia del pacto es la acción y la presencia de Dios en nuestras vidas, desde los primeros momentos de nuestra vida, persiguiéndonos en amor hasta el momento que la relación del pacto es confirmada en nuestro renacimiento espiritual.

## **Gracia justificadora — el amor salvífico de Dios**

El Dios que nos busca es también el Dios que nos salva. La gracia del pacto es la obra de Dios llamándonos a una relación con Él antes del momento de la salvación. La gracia justificadora es la obra de Dios en el momento de la salvación.

Ser justificado quiere decir corregir, vindicar. Cuando sentimos que hemos sido falsamente acusados, intentamos “justificar nuestras acciones”. Queremos dejar las cosas claras, establecer lo que es correcto.

Experimentamos la gracia justificadora cuando somos restablecidos a una relación correcta con Dios. Esto no sucede por nuestro propio esfuerzo, sino a través del favor de Dios revelado en Cristo Jesús, en la muerte de Cristo sobre la cruz. Las Escrituras nos recuerdan la incapacidad de la humanidad de mostrarse aceptables a Dios. En el Antiguo Testamento podemos leer sobre repetidos rituales de expiación por los pecados e intentos de cumplir con la Ley de Dios siguiendo costumbres y enseñanzas religiosas. Pero el esfuerzo humano nunca fue suficiente.

El profeta Isaías declara: “Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros (53:6). Y el apóstol Pablo dijo que la Ley hace que la gente esté más consciente del pecado, y del fracaso del esfuerzo humano para mantenerse libre del pecado (Romanos 7:7-13).

Somos justificados, o traídos a una relación correcta con Dios, a través de la gracia de Dios amoroso. A causa del amor de Dios por nosotros, Jesucristo tomó como suyo el pecado, llegando a ser el completo y final sacrificio por los pecados del mundo. Somos salvos por la gracia justificadora de Dios.

*Jesús fue crucificado,  
sufriendo la profundidad del dolor humano  
y dando su vida por los pecados del mundo.  
Dios levantó a este Jesús de los muertos,  
vindcando su vida sin pecado,  
rompiendo el poder del pecado y el mal,  
rescatándonos de la muerte a la vida eterna.*  
— Una Breve Declaración de Fe

Esta gracia salvadora es poderosamente expresada en la simple, y familiar declaración de Juan 3:16: “Porque de tal manera amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que cree no se pierda más tenga vida eterna”.

Un amigo mío, un cristiano muy comprometido, vive su fe todos los días. Él es fiel a la iglesia a través de los tiempos buenos y malos. Va a la iglesia cada mañana para tener sus devociones privadas antes de ir al trabajo, y cada miércoles por la mañana detiene el trabajo en su pequeña planta manufacturera para compartir un tiempo de adoración con sus empleados. Ellos son como familia, trayendo sus necesidades y preocupaciones ante el grupo para orar por ellas y para ser apoyados de manera práctica.

Pero con toda la evidencia de la fe de mi amigo, él aun lucha con la pregunta de su propia dignidad delante de Dios. Su adoración y su servicio es un gran esfuerzo por mantenerse ganando el favor de Dios, así como es una expresión genuina de amor por su Dios y Salvador. “Deja de intentar de ganarte el favor de Dios por tu propio esfuerzo,” le dije. “Dios te ama. Solo descansa en la gracia del Señor.”

Es Dios en Cristo quien hace el trabajo transformador de la salvación. Nosotros no podemos hacerlo. “Has sido salvo por gracia a través de la fe, y esto no es obra de ustedes; es un regalo de Dios – no el resultado de obras, para que nadie se gloríe” (Efesios 2:8-9).

En fe y confianza respondemos a la relación de amor que Dios nos ofrece. Pero aun esa fe no es nuestra, es un *regalo de Dios*, Pablo nos dice, para que nadie se gloríe de haberse ganado el favor de Dios. Dios lo hace todo. Por eso es que le llamamos “gracia asombrosa”.

Fue la realidad de la gracia justificadora la que originó la Reforma Protestante, el fundamento de mucho de lo que creemos como presbiterianos. Los reformadores reconocieron que ninguna práctica religiosa podía ganar la salvación para alguien. Dios ofrece una relación de pacto de amor en Cristo Jesús, que recibimos por el regalo de Dios de la fe.

Pero, ¿no estamos supuestos a complacer a Dios a través de cómo vivimos nuestras vidas y practicamos nuestra fe? Sí, pero no para ganar el favor de Dios. Somos el producto de la obra de Dios, “creados en Cristo Jesús para buenas obras” (Efesios 2:10). La vida de fe y el bien que hacemos es una amorosa respuesta al amor de Dios por nosotros. Esta respuesta es el producto de la gracia santificadora.

## **Gracia santificadora — el amor de Dios que empodera**

La gracia santificadora es el trabajo del Espíritu en nuestras vidas después que hemos comprometido nuestras vidas a Dios, habilitándonos para crecer en santidad y ser fortalecidos para el servicio.

Podemos pensar en la gracia de Dios en términos similares a un matrimonio. La gracia del pacto es el periodo de noviazgo antes del compromiso del matrimonio. La *gracia justificadora* es la ceremonia de matrimonio – el momento cuando se hace el compromiso y la relación es sellada. La *gracia santificadora* es la vida después del matrimonio – la manera en que vivimos la relación del pacto.

Santificar quiere decir ser hecho santo y ser separado para un uso santo. Después de nuestra salvación, continuamos experimentando la gracia de Dios en nuestras vidas a través de la obra del Espíritu Santo.

*Confiamos en Dios el Espíritu Santo,  
en todo lugar dador y renovador de la vida.  
El Espíritu nos justifica por la gracia mediante la fe,  
nos deja libres para aceptarnos, y para amar a Dios y al prójimo,  
y nos unifica con todos los creyentes  
en el cuerpo único de Cristo, la Iglesia.*  
— Una Breve Declaración de Fe

De la misma manera en que somos incapaces de ganar el favor de Dios por nuestro propio esfuerzo, somos incapaces de hacer por nuestro propio esfuerzo el buen trabajo que Dios nos ha llamado a hacer. Necesitamos la obra santificadora y purificadora del Espíritu Santo para que nos sustente y nos empodere.

Usando otra vez la analogía del matrimonio: enamorarse es una experiencia embriagadora. El matrimonio es una celebración magnífica. Pero, ¿qué después? Aprender a vivir en matrimonio es un reto asombroso. Cada socio trae un conjunto de expectativas de su propia experiencia familiares que no necesariamente encajan. Hacer ajustes, a menudo, puede hacer que el amor se estire hasta sus límites. Y siempre tendrán que haber ajustes y compromisos, que permitan que la relación crezca enriquecida y fortalecida.

Esto ocurre con la experiencia de la gracia santificadora. Aunque nuestra salvación en Cristo nos otorga perdón por los pecados, hay un proceso en marcha en el cual ser libre del pecado se vive fuera de nuestras vidas. Podemos decir con el apóstol Pablo: “Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro.” (Romanos 7:21-25).

*El mismo Espíritu  
que inspire a profetas y apóstoles  
norma nuestra fe y vida en Cristo por medio de la Escritura,  
nos compromete por medio de la Palabra proclamada,  
nos hace suyos en las aguas del bautismo,  
nos alimenta con el pan de vida y la copa de salvación,  
y llama a mujeres y hombres a todos los ministerios de la iglesia.*  
— Una Breve Declaración de Fe

En su bautismo Jesús fue ungido con el Espíritu Santo para empoderar su ministerio. En Pentecostés los discípulos también fueron ungidos y empoderados por el Espíritu para el servicio. Nosotros también necesitamos la unción empoderadora del Espíritu si vamos a ser discípulos efectivos de Cristo. Como individuos, así como Iglesia, necesitamos ser energizados por el Espíritu en nuestro ministerio de amor y servicio.

*En un mundo quebrantado y temeroso  
el Espíritu nos da valor  
para orar sin cesar,  
para testificar de Cristo como Señor y Salvador ante todos los pueblos,  
para desenmascarar idolatrías en la Iglesia y en la cultura,  
para oír las voces de pueblos por largo tiempo silenciados,  
y para laborar con otros por la justicia, la libertad y la paz.*  
— Una Breve Declaración de Fe

La joven mujer que vino a inquirir sobre el despertar de su fe escribió algún tiempo después: “Para mí ese día fue un nuevo comienzo según me abrí a Dios... Mi vida nunca será la misma.” A través de los años he visto a esta persona crecer en la gracia santificadora según ha bregado con dolorosos recuerdos de la infancia. Ella ha sido sostenida como miembro de un pequeño grupo de mujeres que se reúnen regularmente para orar, estudiar y compartir. Y en la fortaleza del Espíritu ella ha compartido sus dones en el ministerio con jóvenes y en actividades de misión en Suramérica. Ella ejemplifica la gracia santificadora de Dios.

*En gratitud a Dios, empoderados por el Espíritu,  
nos esforzamos por servir a Cristo en nuestras tareas diarias  
y por vivir vidas santas y gozosas,  
mientras aguardamos el cielo nuevo y la tierra nueva de Dios,  
orando, “Ven, Señor Jesús!”*  
— Una Breve Declaración de Fe

*El Rev. Ethan Raath es un miembro honorablemente retirado del Presbiterio de Denver. Este artículo apareció originalmente en el ejemplar de mayo de 1996 de Presbyterians Today.*